

# GEOGRAFÍAS EN DISPUTA La construcción del Chile territorial

[GEOGRAPHIES IN DISPUTE. THE CONSTRUCTION OF THE CHILEAN TERRITORY]



**resumen\_** El objetivo de este artículo es discutir sobre el papel que la geografía ha tenido como disciplina de conocimiento en el proceso de construcción de las ideas de nación en Chile en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. El propósito es analizar distintas descripciones y representaciones del territorio nacional, realizadas en esa época, particularmente aquéllas que aluden a las regiones del Norte Grande y de la Frontera Sur, incorporadas en ese entonces a la jurisdicción del Estado nacional chileno, después de la Guerra del Pacífico y la mal denominada “Pacificación de la Araucanía”. Al respecto, se postula que el estudio y difusión de la geografía, concebida como territorio estático e inmanente, cooperó en la constitución de las naciones como entidades de existencia supuestamente real y objetiva, desprendiéndose, a su vez, dispositivos de inclusión y exclusión de sujetos respecto de la nacionalidad acorde a su reconocimiento a una pertenencia temporal histórica o bien a una expulsión hacia una naturaleza atávica fuera del tiempo cronológico y, consecuentemente, fuera de la calidad de nacionales.

**palabras clave\_** geografía | nación | guerra | Norte Grande | Frontera Sur

**resumen\_** This article discusses the role that the discipline of Geography has had in the construction process of ideas of nation in Chile during the last decades of the 19th and early decades of the 20th centuries. The aim is to analyze different descriptions and representations of the national territory during that time, especially those that refer to the regions of the Far North and the Southern Frontier, which were incorporated to the jurisdiction of the Chilean State after the War of the Pacific and the wrongly named “Pacification of Araucanía”. In this regard, it is postulated that the study and diffusion of Geography –understood as static and inherent territory– contributed to the constitution of nations as entities of real and objective existence. At the same time, devices of inclusion and exclusion of subjects in regards to nationality emerge, according to their belonging to a historical time or their expulsion towards an atavistic nature outside of chronological time and consequently, outside of national status.

**palabras clave\_** Geography | nation | war | Far North | Southern Frontier

En 1909 la Oficina de Mesura de Tierras publicó en los *Anales del Instituto de Ingenieros* un artículo en el que hacía una ácida crítica al levantamiento del plano del país, realizado por el Estado Mayor General del Ejército, en 1893. Allí denunciaba la imprecisión con la que se había confeccionado dicha carta geográfica atribuyendo sus errores al uso de datos, no solo vagos, sino también obsoletos, los que “...son insignificantes en un mapa comercial, pero no en uno que se llame la carta del país”<sup>1</sup>.

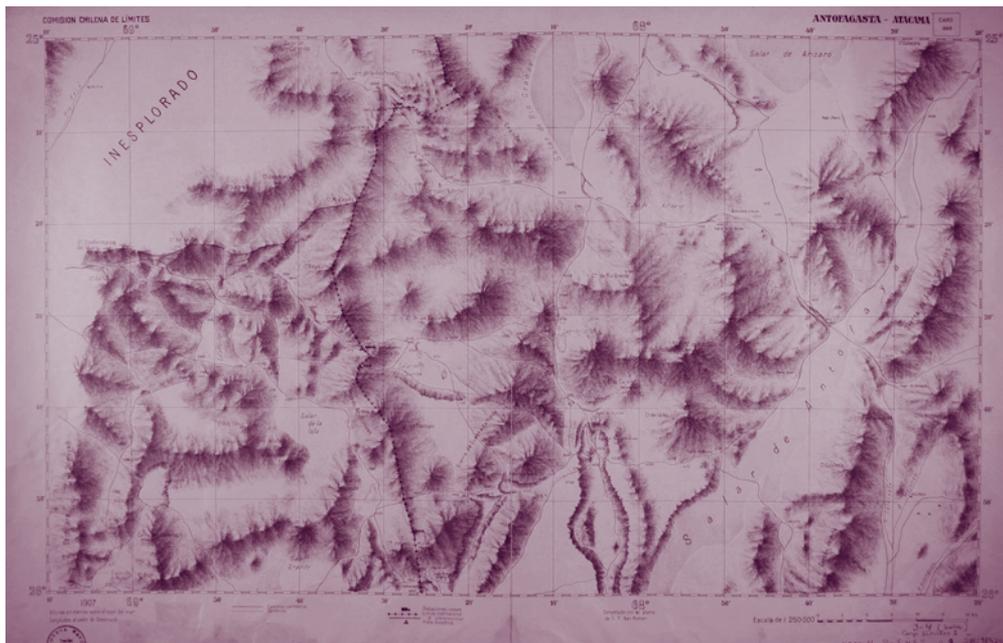
Ese mismo año, la Inspección de Jeografía i Minas (sic) y el Ministerio de Instrucción imprimieron más de 12.000 mapas murales del territorio nacional para repartir en establecimientos educacionales y oficinas del Estado y editaron más de 9.000 atlas geográficos de Chile para ser utilizados en escuelas primarias. El objetivo era propender a “la enseñanza de la geografía patria”<sup>2</sup> con una representación de alto valor científico.

Dos años después el historiador Alberto Edwards escribía en la recientemente aparecida *Revista Chilena de Historia y Geografía* un artículo titulado “Un nuevo mapa de Chile” en el que elogiaba el levantamiento de una nueva versión del mapa del territorio nacional confeccionado por Luis Riso-Patrón. Edwards destacaba la innovación, exactitud y sofisticación de la carta como ejemplo de cartografía moderna y elevado cientificismo constituyendo, en sus palabras, “el más acabado y concienzudo trabajo de conjunto que haya visto la luz en la América Latina”<sup>3</sup>, equivalente sólo a mapas realizados por países europeos. Al mismo tiempo, afirmaba que la carta daba significado si no a todos, por lo menos a la

mayoría de los territorios hasta entonces “desconocidos”. Como historiador, analizaba también la trayectoria seguida por la cartografía nacional centrando su atención en el mapa de Pissis (1872) el que, para el historiador, no era más que una pieza lamentable por la gran cantidad de errores geodésicos que contenía resultando, en sus palabras, en una “tentativa prematura y fracasada [que] ha perjudicado extraordinariamente nuestros progresos geográficos”<sup>4</sup>. Nuevamente, la descalificación se relacionaba con el supuesto a-cientificismo con que se habría operado.

Suele pensarse en el territorio, y particularmente en el territorio nacional, como un espacio estático, incuestionable y neutro, en cuanto existencia inmanente<sup>5</sup>. Es lo que se desprende del famoso texto de Benjamín Subercaseaux *Chile o una loca geografía*, donde señala que “hay en este Chile algo que lo hace eterno e inmutable; y ese algo es su geografía”<sup>6</sup> argumentando, además, que la coherencia y unidad del país se encontraría en la Cordillera de los Andes como columna vertebral del cuerpo nacional. Es esa constitución corporal-natural la que provee a la nación de un sentido de incuestionable imparcialidad y existencia real.

Sin embargo, la idea de geografía como marco objetivo y sempiterno no es más que una ilusión derivada del peso que las ciencias –particularmente las ciencias naturales– han tenido en la comprensión del territorio, en tanto disciplinas investidas de la autoridad que les daba el conocimiento supuestamente imparcial y neutro<sup>7</sup>. Pese a ello y atendiendo a los ejemplos antes citados, las formas de concebir y significar los



Mapa de la Región Andina. Antofagasta-Atacama. 1907. Archivo Fotográfico de la Biblioteca Nacional de Chile.

territorios han seguido vinculándolos a una idea de objetividad y neutralidad. Ellos son imaginados como nacionales, enmarcados dentro de límites arbitrarios –supuestamente verídicos y verificables– los que definen la inclusión o exclusión de sujetos respecto de la territorialidad/nacionalidad. Esas expulsiones no son sólo destierros del espacio geográfico sino también de la pertenencia a la nación. Además, la necesidad de auto-adjudicar altos grados de científicismo e infalibilidad geodésica da luces sobre la necesidad de respaldar, con argumentos supuestamente irrefutables, la validez de sus estudios. Al mismo tiempo, esa obsesión científicista corroboraría la pretendida excepcionalidad de Chile como entidad política, cultural y natural, dentro del concierto de naciones latinoamericanas. Por último, todos los ejemplos mencionados destacan que las nuevas cartas geográficas vienen a completar los espacios en *blanco* –supuestamente vacíos– de un territorio, hasta entonces, ignoto, que es necesario conocer/aprehender, en tanto fundamento de la nación.

Si bien hubo intentos provenientes del Estado y de grupos de élite por elaborar una idea de nación desde los inicios del siglo XIX<sup>8</sup>, fue en 1880 cuando el país experimentó importantes transformaciones en su fisonomía, viéndose compelido a reformular estas ideas. Por una parte, la súbita y violenta incorporación de dos tercios del territorio después de la Guerra del Pacífico y de la mal llamada Pacificación de la Araucanía obligó a la creación de un nuevo imaginario que incluyera las nuevas regiones. Por otra, durante ese mismo tiempo la sociedad atravesaba por complejas transformaciones internas verificadas en el rápido crecimiento de la población urbana, la introducción y consolidación de nuevas formas de producción capitalista, la emergencia de nuevos grupos sociales y conflictos de clase, la creciente expansión de instituciones administrativas del Estado y el surgimiento de una interpretación más doctrinaria del liberalismo. Todos estos cambios devinieron en el estallido de otras guerras –ahora internas y soterradas– entre diferentes grupos que comenzaron a disputar distintos proyectos de nación. Fue necesario reescribir la historia y re-describir el territorio bajo el gran paraguas nacional.

En efecto, tanto la historia como la geografía –y disciplinas asociadas, como la antropología y la arqueología– se desarrollaron, en sus versiones modernas junto e íntimamente vinculadas a los proyectos nacionales, dando forma a los contornos definitivos de la nación. De una parte, la historia crea y fija la idea de pertenencia a través de la escritura de un pasado supuestamente común y armónico, en tanto que la geografía no sólo describe y delimita las fronteras y características del territorio como espacio natural y propio, sino que da significado y contenido al sentido de pertenencia y exclusión respecto del mismo. Ambas disciplinas operan en forma mancomunada; los acontecimientos históricos requieren de un marco geográfico, en tanto que los sitios y paisajes aparecen siempre impregnados de un pasado que remite a las vivencias que allí han tenido lugar.<sup>9</sup> De allí que quienes forman parte del espacio geográfico nacional serían aquéllos que han tenido protagonismo en los acontecimientos históricos, ubicándose en una cronología/genealogía temporal de la nación. Sin embargo, quienes aparecen situados en una temporalidad atávica y ancestral sólo ingresan como matriz originaria desvaneciéndose sus presencias en y pertenencias a la nación histórica.

Interesante es que la mayoría de las descripciones topográficas estén íntimamente relacionadas, bien con la narración de eventos históricos que tuvieron lugar en esos lugares, bien con los hallazgos de fósiles –mineralógicos, vegetales y humanos– encontrados en ellos. En efecto, tanto el Norte Grande como la Frontera Sur fueron apropiados, en los imaginarios nacionales, a través de estas exploraciones. Pese a que la incorporación de estas dos fronteras tuvo lugar en el mismo periodo y fue estimulada por objetivos económicos similares, su presencia en los relatos es desproporcionadamente diferente. Si los territorios del norte adquirieron vida a través de la profusa evocación de eventos históricos de la Guerra del Pacífico, la Frontera Sur aparecía en un relato mítico que la relegaba a los periodos de la conquista y la colonia, en el que primaba la vaguedad e imprecisión temporal.

**LOS SILENCIOS DEL DESIERTO NORTE** \_ Desde principios del siglo XIX se realizaron exploraciones geográficas y excavaciones mineralógicas de

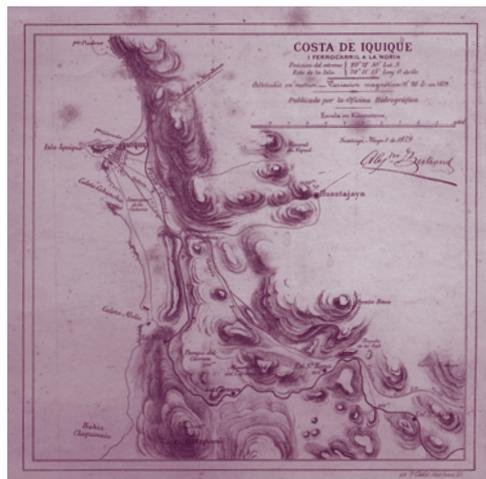
**CONSUELO FIGUEROA GARAVAGNO** Magister en Historia por la Universidad de Santiago de Chile y candidata a Doctora en Historia de América Latina por la State University of New York at Stony Brook. Actualmente se desempeña como académica de la Escuela de Historia de la Universidad Diego Portales e investigadora del Instituto de Estudios de Ciencias Sociales (ICSO) de la misma universidad. Sus investigaciones abordan ámbitos de la historia social, de género y, más actualmente, análisis cultural de los procesos de construcción de las naciones. Es coautora del libro *Historia del Siglo XX chileno* (Editorial Sudamericana, 2001) y autora de *Revelación del Subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930* (Centro de Investigaciones Barros Arana - ICSO, 2009).

**CONSUELO FIGUEROA GARAVAGNO** \_ has a Master's Degree in History from Universidad de Santiago de Chile and is a PhD candidate in Latin American History at New York State University in Stony Brook. She is currently a professor at the School of History and a researcher at the Institute of Social Science (ICSO) at Universidad Diego Portales. Her investigations deal with aspects of social history, gender, and more recently, the cultural analysis of the development process of nations. She is co-author of *Historia del Siglo XX chileno* (Editorial Sudamericana, 2001) and author of *Revelación del Subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930* (Barros Arana Investigation Center at ICSO, 2009).

las regiones que serían, después de la Guerra de 1879, incorporadas al territorio chileno. Sin embargo, fue al término de este conflicto que las indagaciones y pesquisas se hicieron más recurrentes. En 1884, Alejandro Bertrand inició trabajos de sondeos en la región salitrera y el desierto. En 1886 fue publicado en Santiago el estudio del peruano Guillermo Billighurts titulado *Geografía de Tarapacá*. Entre 1885 y 1890 el ingeniero F.J. San Román realizó importantes trabajos topográficos en Atacama. Al mismo tiempo se publicaron estudios de geografía nacional que comprendían estas regiones, como el caso de la *Jeografía descriptiva de la república de Chile*, de Enrique Espinoza, la que tuvo, entre 1890 y 1897, cuatro ediciones. Cooperaron en estos reconocimientos geográficos instituciones dependientes del Estado que tuvieron como función exclusiva el estudio, descripción y clasificación de los territorios y su población; ejemplos de ello son la *Sinopsis estadística y jeográfica de Chile* que comenzó a ser publicada en 1879, y la Sección de Geografía i Minas (SIC), creada en 1905, la que publicaba un boletín informativo semestral<sup>10</sup>.

Uno de los componentes más importantes del imaginario territorial se relacionó con el establecimiento de claras distinciones respecto de otros nacionales que nutrieron la idea de excepcionalidad chilena, que también se expresaba en su configuración geográfica. Así por ejemplo, Alfredo Deberle señalaba, en 1880, que:

De todas las Repúblicas (...) Chile es la que ha recibido en herencia la existencia menos accidentada (...) La estabilidad (...) [la] ha hecho una nación próspera (...) El pueblo chileno es, de todos los de la América del Sur, el que más se acerca a los pueblos europeos (...) la naturaleza protege su territorio (...) tanto contra la guerra civil como contra la invasión extranjera. Encerrado de esta manera entre el mar i las montañas (...) Los motines duran poco (...) Ahí no se ve nunca (...) la guerra civil permanente, como en las Repúblicas vecinas, Bolivia, por ejemplo, que la limita al norte donde vastas soledades ofrecen seguro refugio a los partidos derrotados pero no desanimados (...) <sup>11</sup>



Costa de Iquique y Ferrocarril a la Noria. 1879. Archivo Fotográfico de la Biblioteca Nacional de Chile.

La comparación es aún más contundente cuando se caracteriza al país del norte con un clima insalubre, permanentes insurrecciones, falta de instrucción y hábitos de sus moradores. “Países como éste debieran desaparecer de la América del Sur, porque son una amenaza para las libertades públicas, un mal ejemplo para las naciones i un desconcepto para el sistema republicano”<sup>12</sup>.

Sin embargo, la representación del territorio también se nutrió de comparaciones internas. Pese a que las exploraciones geográficas tenían como objeto observar y describir el entorno natural éstas estuvieron atiborradas de acontecimientos históricos. Así, por ejemplo, la *Geografía descriptiva de la República de Chile* sitúa temporalmente el territorio desde “la mitad del siglo xv, época en que el inca Tupac Yupanqui, noticioso de nuestro país, sometió a su dominio la parte que queda al norte del Maule”<sup>13</sup>. El uso del concepto país para graficar acontecimientos del período pre-colonial da cuenta de una idea de nación inmanente y atávica. Aunque el autor sigue describiendo otros períodos, fueron los acontecimientos de la Guerra del Pacífico los que daban significado a la región. Cada sitio era asociado a hitos de este conflicto. A modo de ejemplo, Tacna, más que reconocerse por sus características topográficas, era donde “tuvo lugar, el 26 de mayo de 1880, una encarnizada batalla en que el ejército chileno batió y derrotó completamente a las mejores fuerzas militares del Perú y Bolivia”<sup>14</sup>. Sin embargo, es Iquique el hito más paradigmático. La representación de esta ciudad como el lugar de la gesta heroica por excelencia concentraría la inmensidad de los símbolos de la nación. Junto a la figura de Arturo Prat aparece el *roto* –verdadero chileno– imbuido de características tales como la perspicacia, el coraje, la astucia y orgullo del valiente soldado chileno, quien desata su espíritu libre frente a peruanos y bolivianos, luchando, mano a mano, en la guerra junto a *pijos* y *futres*, sin desestabilizar el orden social –como si lo haría el obrero proletario.

Pero, ¿quién era el *roto*? Figura controversial, admirada por sus acciones y vilipendiada por su origen popular, se transformó, en la época, en una de las batallas más exitosas en la reconfiguración de las narrativas nacionales por parte de nuevos sectores que empezaban a disputar el control hegemónico de las élites. Tal vez fue Nicolás Palacios quien más impacto ha causado en esta revalorización de la figura del *roto*. Médico de profesión, escribe en 1904 su libro *Raza*

*chilena* justamente en Tarapacá, en la oficina salitrera de Alto Junín. Imbuido de un nacionalismo eferescente, Palacios, señala que la *raza chilena* derivaría del mestizaje entre el godo y el araucano, el que habría dado origen a un linaje signado por la valentía, la virilidad, la propensión a la lucha y el rechazo al refinamiento, amén de características físicas que, sin ser blancas, se distinguían del resto de las poblaciones indígenas de América<sup>15</sup>. Cruzado por definiciones en términos de género y raza, su narrativa también desdibuja los conflictos de clase en un momento en que las luchas obreras estaban en un punto álgido<sup>16</sup>.

Pese a una apariencia más integradora, dado el protagonismo indígena –particularmente de los mapuches– en el mito fundacional<sup>17</sup>, su relato termina por desdibujar su presencia al remitirlos a un protagonismo ancestral, a-histórico. Uno de los argumentos más reiterados fue la supuesta extinción de los mundos indígenas. Objetos de estudio de la antropología y la arqueología más que de la historia, las “desaparecidas” comunidades aborígenes habrían sido un componente más de la convulsionada naturaleza. Para el caso del Norte Grande, Alejandro Cañas Pinochet al describir la geografía de Pisagua se refiere a los *changos* como una raza de pescadores, actualmente en extinción, de la que solo quedan sus “vestigios eternos”. La referencia a lo “eterno” sugiere, por una parte, el origen atávico del que emanaría el territorio como esfera idealizada que se materializa en las huellas y rastros de estos pueblos y, por otra, su exclusión de la temporalidad histórica en tanto componente propio de la naturaleza. Sin embargo, cuando se refiere a comunidades indígenas aun existentes el autor se centra en aspectos raciales, con claras connotaciones racistas:

**La complexión física dominante en estos indios [aymaras] es débil i hasta raquíctica (...) su aspecto... es desagradable. Las facciones de su cara forman un conjunto repulsivo (...) son tímidos o cobardes en sumo grado, como que siempre se han visto abatidos por (...) los hombres que en el Perú han sido llamados blancos (...) son obedientes hasta la exageración (...) de sumisión tranquila, respetuosa i callada a sus opresores (...) son ignorantes (...) son recelosos porque han aprendido de sus mayores a ser desconfiados de los que emplearon la falsía para dominarlos, la mentira para explotarlos, la tiranía i todas las malas artes para gobernarlos.**<sup>18</sup>

Revistiendo de características raciales negativas tanto a peruanos como indígenas, el autor sitúa su representación de la *raza chilena* en la antítesis de esa rusticidad salvaje.

**LA ATEMPORALIDAD DE LA FRONTERA SUR** \_ Así como el Norte Grande ha quedado atiborrado de imágenes provenientes de la Guerra del Pacífico, la Frontera Sur estuvo dominada por representaciones asociadas a la larga Guerra de Arauco. Sin embargo, al contrario de la zona norte en que los hitos geográficos eran claramente identificados con eventos históricos precisos, el territorio del sur quedó preso de la ambigüedad e imprecisión de una temporalidad vaga, ubicada entre los siglos xvi y xix. Más aún, podría afirmarse que la región al sur del Biobío estuvo remitida a una especie de a-historicidad permanente. 1541, 1598, la década de 1630, 1818, los 1860 o los 1880, por nombrar algunos episodios de esta larga guerra, parecían irrelevantes

como hitos de localización temporal y espacial. Todo confluía en un ethos y un pathos de indefinición, denominado como la Frontera.

Pese a existir fuentes y documentos, el canon historiográfico y geográfico decimonónico ha desdibujado su participación en la construcción histórica de la nación. Su presencia no es más que el origen mítico signado por el encuentro idealizado de españoles y mapuches. De algún modo ha sido la convulsionada naturaleza –el Biobío– la que ha fijado a la región como parte de Chile. Sea por la propia guerra de conquista, por las incursiones mapuches contra el ejército de la Frontera, por la huida de forajidos a los territorios al sur del Biobío o la ineficacia del Estado nacional para ejercer su jurisdicción, la región estuvo marcada por el salvajismo telúrico y la barbarie desatada. Estas características no sólo aluden al encuentro violento entre dos fuerzas militares, sino también al caótico e indisciplinado entorno regido por una naturaleza desenfrenada. Descripciones como la siguientes fueron comunes: “Arauco siguió sublevándose (...) La razón de esta tenaz resistencia la podemos encontrar, por una parte, en la altivez de los araucanos (...) y por otra en el aspecto mismo del territorio, ondulado y lleno de quebradas, bosques y matorrales (...) Las sublevaciones continuaron verificándose de tarde en tarde y ellas impidieron el progreso de la región del sur”<sup>19</sup>.

Así, las catástrofes y la destrucción fueron la tónica de los relatos de la Araucanía. “En 1861 los araucanos eran tan dueños de su territorio como en tiempos de la conquista. Más allá del Biobío no existían sino las ruinas de Cañete...”<sup>20</sup> Esta percepción del territorio dominada por la presencia de fragmentos y vestigios residuales, lo instala en un contexto pre- y a-histórico. Las huellas, concebidas como reliquias o desperdicios, no serían más que rastros de un pasado desvinculado de la historicidad que daba sentido a la nación, pero que remiten a la idea de inmanencia y eternidad. Sería esta presencia inmutable de la región, envuelta en un halo de sacralidad asociado a lo que es concebido como el origen ancestral de Chile, el que daría ese sentido material, concreto, fijo y de existencia real al territorio nacional.

Pese a que la región de la Araucanía fue incorporada a la jurisdicción del Estado nacional chileno durante la década de 1880, la gran mayoría de los eventos consignados en los relatos y descripciones se remontan al período de la conquista. Durante el proceso de independencia y los primeros lustros de vida republicana, la región se desvaneció en el silencio hasta las primeras tentativas de ocupación militar formal que empezaron a prepararse en la década de 1860. Si bien ha habido intentos de evocar, como aspectos constitutivos de la chilenidad, algunas imágenes asociadas a la valentía y bravura de los indígenas del sur, la complejidad y violencia con que se llevó a cabo el proceso de ocupación de la Araucanía no hizo más que silenciarlos del relato nacional. Sometidos al control del Estado chileno fueron “reducidos” (el término no es azaroso) a una dicotomía que fluctúa entre el heroísmo y la barbarie.

Fue el ingreso triunfante del ejército chileno en la década de 1880 –acción pretenciosa y artificialmente denominada como *pacificación*–, cuando los relatos acerca de la zona de Arauco comenzaron a variar. Aunque todavía marcados por la ambigüedad, el territorio del sur empezó a tomar formas más definidas en el

imaginario de la nación en oposición al precedente barbarismo de los indígenas. Obliterando los episodios bélicos, el acento estuvo puesto en la expansión de las obras públicas que anunciaban la incorporación de la región a la historia del progreso y la modernización:

**“Fueron obras importantes de aquella administración (Santa María, 1881-1886), la ocupación de la Araucanía i la reducción definitiva de los indomados indios, en lo que se ocupó el ejército victorioso del Perú. En aquella salvaje rejión se levantaron fuertes, se abrieron caminos, se inició i adelantó la construcción de los ferrocarriles de Angol a Traiguén i de Renaico a Collipulli i Victoria, surjieron rápidamente pueblos i ciudades, i comenzaron a venderse por el Estado vastos campos i bosques entregados al cultivo del trigo, a la crianza de ganados i a la explotación de maderas. La barbarie fue absorbida por la civilización.”** <sup>21</sup>

De todos modos, los mundos indígenas ingresaron al imaginario nacional como el origen ancestral de la nación. Es por ello que su presencia se materializaría en la exposición de los vestigios y restos encontrados en el territorio patrio, es decir, los rastros fragmentados de lo que se ha perdido en el tiempo. Para ello se requería no solo de las exploraciones geográficas que propenderían al conocimiento del territorio sino escarbar la tierra, en la pesquisa de las huellas que den sentido a la genealogía nacional. En efecto, ingenieros y geógrafos, junto a naturalistas y arqueólogos invadieron los lugares más remotos en esta búsqueda, la que solo culminaría en el momento de exhibir ante la nación los rastros de sus orígenes adánicos.

El siglo XIX fue testigo de la inauguración de museos, especialmente aquellos denominados como museos de historia natural. Su importancia queda evidenciada en el levantamiento de monumentales palacios, como el Museo de Historia Natural, en el que se albergarían las piezas claves que constituirían la imagen de la nación<sup>22</sup>. Sin embargo, en palabras de Huysen, éstos no son más que “...el nexo entre la operación de salvamento de los coleccionistas y el ejercicio de la fuerza bruta, del genocidio incluso, [que] está palpablemente presente en las propias piezas expuestas: son museos de cera de la *otredad*”<sup>23</sup>. Dicha otredad se manifiesta en la distinción de sujetos que no solo pertenecen o no a la nación sino que pertenecen o no a la historia. Por de pronto, el revoltijo de piezas expuestas en estos museos, entre los que se mezclan animales embalsamados, muestrarios de insectos, piedras, minerales y vegetales, junto a vestigios de grupos indígenas, remite a estos últimos a objetos pertenecientes al entorno natural, ubicado en las fronteras del devenir histórico. Así, la invisibilización de los mundos indígenas, es, paradójicamente, producto de la visibilización de sus residuos.

Sin embargo llama la atención esa mezcla de rastros en un momento en que el establecimiento de precisiones taxonómicas era la regla. Si bien se está en una época signada por el obsesivo interés de hacer converger las temporalidades en una linealidad singular, circunscrita a espacios claramente delimitados, que le den un sentido a la trayectoria histórica de la nación, los museos de historia natural suelen exponer sus piezas en un confuso orden que, paradójicamente, no fue entendido en su momento como *desorden*.

Contrariamente, quienes sí aparecen destacados en la exhibición son los donantes de objetos. Ellos emergen como una presencia inmanente que es muy difícil de desatender. Don Ignacio Agüero, el doctor Marducci, don Emilio Undurraga, don Federico Puga, don Francisco Echáurren Huidobro, don Lorenzo Claro y otros, identificados con sus nombres y apellidos, son los verdaderos hacedores de la historia. Son ellos quienes, en su calidad de donantes, no sólo deciden qué piezas deben exhibirse otorgando un sentido específico a la muestra sino que en esa capacidad de decisión ponen en evidencia su conciencia en la construcción histórica. Este sentido de historicidad es legitimado por la presencia de las *ruinas*, las que por efecto de oposición establecen una clara distinción con lo histórico<sup>24</sup>.

Fue necesario desenterrar los vestigios del pasado para escribir la historia del (y en el) presente. Las exploraciones geográficas y excavaciones se llevaron a cabo a lo largo del territorio, con especial énfasis en las regiones recién incorporadas, como una forma de legitimar su pertenencia a la nación. El saqueo producido por naturalistas, geógrafos, viajeros y científicos en general fue feroz. Considerando las piezas encontradas como parte de un espacio natural virgen y, por lo tanto, susceptible de explotar, no hubo consideración alguna por las comunidades que habitaban esas zonas. Los indios no sólo no eran reconocidos sino que terminaban por diluirse en el escenario natural susceptible de ser explotado.

> REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y COMENTARIOS DEL AUTORA:

1. Estudio crítico de Luis Riso Patrón, titulado “Monografía de la carta militar de Chile por el Mayor don Ernesto Medina F”, presentado en el primer Congreso Científico Panamericano. Publicado en los *Anales del Instituto de Ingenieros de Chile*, Imprenta i Encuadernación Universitaria, Santiago, 1909.
2. “El mapa escolar de Chile”, artículo publicado en el Boletín de la Inspección de Geografía y Minas. Año VII, Segundo semestre de 1911, n° 31, p. 241.
3. Edwards, Alberto: “Un nuevo mapa de Chile”, *Revista de Historia y Geografía*, Vol. 1, 1911, p. 49.
4. *Ídem.*, p. 53.
5. Raymond Craib *Cartographic Mexico. A History of State Fixations and Fugitive Landscapes*, Durham and London, Duke University Press, 2004, p. 3. (Traducción de la autora).
6. Subercaseaux, Benjamín: *Chile o una loca geografía*, Editorial Ercilla, Santiago, 1940, p. 24.
7. Son varios los autores que han puesto el acento en el carácter imaginario de los espacios geográficos, entre ellos Edward Said, con *Orientalism*, Vintage Books, Nueva York, 1979, pp. 54-55 y 167; Benedict Anderson *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, London and New York, 1991, pp. 171-175; *Thongchai Winichakul Siam Mapped. A History of the Geo-Body of a Nation*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1994; y Raymond Craib, *op.cit.*, entre muchos otros.
8. Aunque fue la llamada generación de 1842 (la que reunió a un grupo de jóvenes intelectuales de elite) el primer intento serio por crear un proyecto nacional, a través del desarrollo de temas tales como la historia, la literatura, el derecho y la geografía. Para ellos, estas disciplinas constituían las bases esenciales de la conformación nacional. Algunos de sus miembros, principalmente escritores e historiadores, fueron José Victorino Lastarria, Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Miguel Luis Amunátegui, Francisco Bilbao y Diego Barros Arana, entre otros. Ver: Jocelyn-Holt, Alfredo: *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*, Ariel, Buenos Aires, 1997, Capítulo I; y Subercaseaux, Bernardo: *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1997. Al mismo tiempo, desde la década de 1830, el gobierno de Chile contrató a un grupo de naturalistas provenientes de Europa, con el fin de que iniciaran las exploraciones del territorio. Los más importantes fueron Ignacio Domeyko, Rodolfo A. Philippi y Claudio Gay. Al respecto, ver: Saldivia, Zenobio: *La visión de la naturaleza en tres científicos del siglo XIX en Chile*: Gay, Domeyko y Philippi, Usach, Santiago, 2003.
9. Curtoni, Rafael, Axel Lazzari y Marisa Lazzari, “Middle of Nowhere: A Place of War Memories, Commemoration, and Aboriginal Re-Emergence (La Pampa, Argentina), en *World Archaeology*, vol. 35, n° 1, *The Social Commemoration of Warfare* © 2003 Taylor & Francis Ltd. ISSN 0043-8243 print/1470-1375 on line DOI: 10.1080/0043824032000078081 Junio 2003, pp. 63-64. <http://www.jstor.org/stable/pdfplus/3560212.pdf?acceptTC=true>
10. Todos estos trabajos estuvieron signados por las corrientes positivistas que definieron el desarrollo de las ciencias del siglo XIX. Según estos postulados, ellas buscaban “determinar y cuantificar objetivamente los hechos del mundo”, de modo de obtener o formular las leyes que lo regían, para explicar los fenómenos. Ver al respecto: Saldivia, Zenobio: *op. cit.*, pp. 54-55.
11. Artículo de Alfredo Deberle traducido del francés, publicado en los *Anales de la Universidad de Chile*, abril, 1880, pp. 309-310.
12. Extractos de la “Historia de la América del Sur desde su descubrimiento hasta nuestros días, por un americano”, realizado por don José Bernardo Suárez, y publicado en los *Anales de la Universidad de Chile*, abril de 1880, pp. 287-288.
13. Espinoza, Enrique: *Geografía descriptiva de la República de Chile*, Imprenta i Encuadernación Roma, Santiago, 1895, p. 49.
14. *Ídem.*, p. 60. Pese a que las fuentes que aquí se analizan son predominantemente descripciones geográficas, llama la atención que la mayoría de los lugares son representados por los acontecimientos históricos, en particular, de la Guerra del Pacífico.
15. “El roto chileno es pues araucano-gótico [...] Pero si la fisonomía del chileno posee algunos rasgos comunes característicos, su fisonomía moral presenta tal uniformidad en sus líneas principales que este es uno de los fenómenos más interesantes de nuestra raza [...] todos sentimos y pensamos de idéntica manera [...] Efectivamente, los godos y los Araucanos... poseían ambos, con la misma nitidez y fijeza todos los rasgos característicos de lo que los entendidos llaman sicología varonil o patriarcal”, en Palacios, Nicolás: *Raza chilena*, Editorial Chilena, Santiago, 1918, tomo I, pp. 36-37.
16. “La actitud del roto ante un patrón que lo trata bien... es la del protector, la del defensor de su patrón en todas las ocasiones. El será siempre el primero que arroste el peligro que lo amenace, el que marchará adelante en los pasos desconocidos y en que se presuman peligros...”, *Ídem.*, pp. 249-250.
17. No solo en la formulación del mito fundante sino también en su constante denuncia contra las políticas de “reducción” de las comunidades mapuche aplicadas por el gobierno, *Ibid.*
18. Alejandro Cañas Pinochet Descripción jeneral del departamento de Pisagua, Imprenta de “El 21 de Mayo”, Iquique, 1884, pp. 50-51. Una situación similar puede encontrarse en otros lugares de Latinoamérica. Mark Thurner en su estudio sobre Perú señala: “When Peruvian Creoles did turn their imaginative attention to the Andean heritage (which was rare), they routinely juxtaposed the once great but ostensibly vanished civilization of the Inka against the degenerate and inferior ‘Indian race’ that surrounded them”, *From Two Republics to One Divided. Contradictions of Postcolonial Nationmaking in Andean Peru*, Duke University Press, Durham, 1997, p.10.
19. Montero Correa, Octavio: *Lecciones de historia, geografía y educación cívica*, Imprenta Chile, Santiago, 1932, pp.149-152.
20. Riquelme, Daniel: *Compendio de historia de Chile, Lit. é Imp. Sudamericana de Babra i Cia, Valparaíso*, 1899, p. 454.
21. Toro, Gaspar: *Compendio de historia de Chile, 1492-1886*, Santiago, 1909, p. 208. Luis Galdames también describe este episodio como la imposición del progreso... “El coronel Gregorio Urrutia, al mando del ejército de la frontera, dominó en dos años las líneas del Curacautín y del alto Biobío, en las faldas de los Andes. Nuevas poblaciones como Temuco, Carahue y Nueva Imperial, surgieron al amparo de las operaciones militares; y nuevas colonias de extranjeros y de nacionales avanzaron la ocupación de los territorios incorporados a la República. Pronto la locomotora cruzó también... Los últimos restos de la bravia raza quedaron así reducidos a una escasa porción de su suelo y sometidos a las leyes protectoras dictadas por el gobierno nacional (1883)”, en Galdames, L.: *Historia de Chile*, Editorial Nascimento, Santiago, 1938, pp. 420-421.
22. Son varios los intentos por abrir museos de carácter nacional. Por ejemplo, en 1905, se propone la creación del Museo Nacional Mineralógico, el que “debería representar de preferencia el territorio de Chile [...] La representación debería, pues, hacerse por provincias, empezando por Tacna i terminando en Magallanes”. Mieres, Melitón: “Establecimiento del Museo Nacional Mineralógico”, en *Boletín de la Sección de Geografía i Minas*, Año I, enero, 1905, p. 29.
23. Huysen, Andreas: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, FCE, México D.F., 2002, p. 45.
24. “En el campo de la antropología y otras disciplinas culturales, esas proyecciones de autenticidad produjeron fantasmas ideológicos, la autenticidad de los arcaicos y primitivos, la promoción de la comunidad auténtica, opuesta a la anomia y la artificialidad de las sociedades modernas. En especial en el caso de la invención post-illustrada de los orígenes e identidades nacionales, el presente moderno pareció muchas veces una ruina de la autenticidad de un pasado más simple y mejor”. Huysen, Andreas: “La nostalgia por las ruinas”, en *Heterocronías. Tiempo, arte y arqueologías del presente*, PAC/CENDEAC, Murcia, 2008, p. 43.